

Cristo de la Victoria, verdadero triunfador en la lucha.

Hoy que se trata de unir con lazos indestructibles, porque los ata la inteligencia y los asegura el amor, nuestra patria y las Américas latinas, no quiero pasar en silencio ni pronósticos que formulo ni pensamientos que me asaltan.

Vigo, que lo debe todo á su esfuerzo; que no ha merecido nunca sino indiferencia; que está llamado, por la generosa iniciativa de sus hijos, al puesto que le pertenece, y que conseguirá más tarde ó más temprano, pero que conseguirá de seguro en la armonía de la Administración, ha de ser el centinela avanzado que mire, con el alma en los ojos y con la sonrisa en los labios, partir y volver al buque majestuoso que lleva mensajes de cariño á las hijas de España y trae saludos de ternura á la madre gloriosa que armó tres carabelas en Palos para que la fe y la constancia, la virtud y el genio, al desgarrar las brumas de Occidente presentasen á las miradas atónitas del Viejo Mundo, un mundo nuevo y hermoso que aún conserva su juventud y su hermosura, y al que cobija un cielo igual al que nos cobija, y arrulla un ambiente como el que nos arrulla.

Vigo, que se consagró desde un principio al comercio; que ama el progreso y la civilización sin aquellas impacencias de los que prostituyen tan sublimes ideas; que erige, y no hace mucho, al tiempo que la cárcel donde el culpable se regenera y se arrepiente, la escuela donde el niño, aprendiendo las mortales leyes del Evangelio, penetra los misteriosos arcanos de la ciencia y no delinca. Vigo, que roba terrenos al mar para que en ellos deslumbren las hijas que atesora en sus orillas; que eleva estatuas á los hijos que le honraron y que desdeña las batallas, enervadoras de la política, para recrearse y ennoblecerse en las de la inteligencia, será el eslabon hermosísimo que cierre la cadena de flores con que han de unirse aquellas inspiraciones de artistas y de literatos, y las que aquí se disponen á proclamar la fraternidad más venturosa que el corazón anhele.

En Vigo se rinde culto fervoroso al genio; por eso no me engaño al pronosticar lo que pronostico. En sus tranquilos hogares se admira por igual, con tal que lo merezca, á quien sueña con irrealizables utopías y al que defiende realidades constituidas, y siempre que inaugura sus días de júbilo en recordación de sus hazañas, con la indescriptible procesión del Cristo, saluda al hombre de genio que ha de encontrar abiertos todos los brazos, leales todos los corazones, amigos todos los habitantes, en pago de que ensalce, siempre con palidez, la brillante refulgencia de aquel cielo, la tranquilidad de aquella bahía, las encantadoras quiebras de aquellos montes y las poéticas hondonadas de aquellos valles, donde aún se pierden en melancólico ritmo los cadenciosos compases de sus cantares primitivos. ¡Ah! Cuando aquellas regiones afirmen el ya adquirido convencimiento de que la madre patria, como madre amantísima, las ve con legítimo orgullo emancipadas y libres; cuando se convenzan, si no lo están todavía, de que más vale el apoyo y la amistad desinteresada de los propios que el amor, siempre egoísta, de los extraños; cuando los hijos de Galicia, de Asturias y de las provincias encartadas lleven á los verjeles americanos la santa enfermedad de la nostalgia; cuando en la bahía de Vigo anclen, sobre los restos de aquella nuestra, las escuadras de todos los pueblos, y el bendito sol de la paz nutra las simientes, ya diseminadas, gracias al cielo, de nuestro apogeo y de nuestra regeneración, seguro estoy de que en el libro de la his-

toria se escribirá con letras indelebles el nombre de la antigua *Vico Spasorum*, que tiene en la actualidad, y en medio del combatir de las pasiones y las incertidumbres de lo futuro, el suficiente esfuerzo para cultivar lo que no acaba, lo que es gloria perpetua y feliz, mirando con pena la mal reprimida envidia de quien, incapaz de hacer otro tanto, perturba la patria y la deshonra sin riesgo y sin remordimientos.

Bermite el cielo que alcance mi vida la época en que la unión de la Península ibérica y los pueblos americanos, sus hijos, sea un hecho.

Entonces Vigo será lo que debe ser, lo que merece ser, por mejor dicho.

Entonces estas líneas que trazo en mis soledades y en mis melancólicos entusiasmos me servirán de gala y de corona de profeta, ya que desde ahora me sirven de satisfacción inmensa y de consuelo íntimo.

Entonces, siempre que las campanas de Vigo volteen con religiosa lentitud, pidiendo á los que somos para los que fueron; cuando en las vertientes del Castro suene, en vez del aparato de las armas, el aparato de la industria; cuando trocada en bosque de mástiles se descubra la bahía; cuando el ferro-carril arrastre la riqueza, secundado por los trasportes marítimos, á los puntos más lejanos, y el pueblo vigués, ántes de entregarse al gozo de sus fiestas, se agolpe á los piés taladrados del dispensador de todas las mercedes y el sol se hunda con regia pompa por el hermoso lado de las Cíes, exclamaré, más con el alma que con los labios: ¡bendita sea la fraternidad humana que me enseñó Vigo en toda su plenitud y su grandeza... bendito sea el trabajo que vivifica y ennoblece; bendito sea quien, enlazando á los hombres como hijos de un mismo padre, les hace saber que ese sol que se oculta, esas campanas que doblan, esas canciones que vibran encuentran allá, muy lejos, en el opuesto lado, un cielo que le aguarda y le preguntará por España; un pueblo que se agolpará en la iglesia para murmurar nuestras mismas oraciones, y unos cánticos tiernos y apacibles, que también dilatarán sus ondas sonoras hasta perderse en intrincadas selvas y percutir en elevados montes!

¡Benditos sean, sí, benditos sean... pero malditos una y mil veces los que intenten amontonar tormentas y reavivar enconos para que la tranquilidad se pierda y el árbol de laurel que se disponen á cultivar tres regiones independientes, pero hermanas, se agoste sin dar hojas y sin que su benéfica sombra cobije al pueblo de Cervantes y al de Camoens, al mismo tiempo que á los que aprendieron su idioma, bendicen su Dios y saludaron y aman sus banderas!...

JOSÉ M. DE ORTEGA MOREJON.

* * *

Las perfumadas brisas
de la mañana,
tus suspiros me traen,
prenda adorada,
y al percibirlos,
ángel de mis amores,
por tí suspiro.

El beso que tu labio
deja en las flores,
cuando yo éstas recojo
de mí se esconde:
niña hechicera,
dile á ese beso amante
que no me tema.

JUAN P. RUBIO.

COMEDIANTES FAMOSOS DEL SIGLO XVII

MARÍA RIQUELME

Deseoso el Sr. Conde-Duque de Olivares de agasajar á SS. MM. y A., como lo hiciera el domingo 1.º de Junio la Excm. Sra. Duquesa de Sanlúcar la Mayor en el jardín del palacio de su hermano el Conde de Monte Rey, preparó para la noche de San Juan del año de 1631 en el mismo punto y lugar, una fiesta de las que *ordinariamente y por sólo entretenellos hacia, tomando de la merecida gracia que alcanzan mujer y marido con sus Majestades, no más del acierto y ansia de servillos*. Así se refiere en el tesoro de documentos que han servido de base para darnos claras y brillantes luces sobre el desarrollo y progresos del arte dramático en nuestra patria.

Era, pues, de ver el buen gusto y la bazaría con que S. E., en medio de sus graves cuanto enojosísimas tareas, *encaminadas á la mejor gobernacion del Estado en el universal despacho de los negocios*, pugnaba por acrecentar para sí el real afecto, valiéndose á este propósito de los más esplendentes y suntuosos regocijos que dirigía como compensación á sus desvelos y fatigas, sin descuidar por esto un sólo punto el ejercicio de sus altos y penosísimos deberes.

De este modo se explican los coronistas de espectáculos, sin que de nuestro encargo sea asentir á sus opiniones ni ménos entrar en el exámen de los móviles que pudieron influir en el ánimo del privado para llevar á término esparcimientos de tal linaje, que llenaban de indescriptible contento á S. M., tan amante de las patrias letras como de sus preclaros cultivadores.

De todas suertes, verdad es, y muy poderosa, que en la diversion á que nos referimos figuró lo más elevado de la corte, dándole lustre y esplendor la augusta presencia de SS. MM. al par que la de donosísimas damas, con la de muy ilustres y apuestos caballeros.

Asistieron, entre otros, las Sras. Doña Isabel y Doña Ana María de Velasco, hija la primera del Marqués de Fromesta, y del Conde de Siuella la segunda; Doña Luisa de Benavides, hija del Conde de Santisteban, y Doña Luisa Enriquez, del de Salvatierra. Entre ellos hacíanse notar el Rey, el Conde-Duque de Olivares, el Infante Cardenal, el Duque de Medina de las Torres, D. Luis de Haro—ambos del servicio de Cámara,—D. Diego Messía, del Consejo de Estado, y el Marqués Juan Bautista, del hábito de Santiago, habiendo obtenido todos la alta honra de ser designados por el Monarca para preparar cuantos detalles fueron precisos al mayor lustre del espectáculo.

A las ocho y tres cuartos de la noche llegaron SS. MM. al jardín del conde de Monte Rey, á cuya puerta hallábase la Condesa para recibirlos. Una vez dentro, la música saludó al Soberano con los acordes de dulcísima marcha compuesta á este fin; oída la cual, y ántes de ocupar los Reyes sus asientos, fueron agasajados con lucidos ramilletes servidos en ricas y perfumadas bateas de ambar.

Ya en el jardín la corte, salieron al tablado los representantes y dieron comienzo á la farsa intitulada: *Quien más miente medra más*, comedia bordada de agudezas y chistes en extremo galantes, y viva manifestación del cortesano ingenio de sus meritísimos autores, que dieron cima á su obra en el corto espacio de un sólo día.

Terminada que fué la farsa, interpretada brillantemente por Vallejo, y en la cual su esposa María Riquelme, histrionisa insigne, lució

su talento preclaro recitando unos versos en que daba gracias á la Corte por haberse dignado asistir, pasó ésta á visitar el jardín del Duque de Maqueda, adornado profusamente con flores, luces y multitud de enramadas que se comunicaban entre sí.

Y ya que hemos llegado á este punto, cúmplenos—siquiera sea para justificar nuestro pensamiento—hacer alguna ligera indicacion respecto de la eminente representacion que tanta fama y brillo tanto diera al espectáculo que nos ocupa.

Fué María Riquelme mujer de extraordinaria hermosura y acrisoladísima virtud. Su talento dramático rayaba á tal altura, que en el teatro *modaba con admiracion de todos la color del rostro; porque si narraba sucesos prósperos y felices los via con semblante sonrosado, y si algun caso infausto y desdichado, luego se ponía pálida, y en este cambiar de afectos era tan única, que era inimitable.* Tal fué la opinion que mereció á Caramuel la eminente artista.

De ella se sabe que actuó en muchos corrales, y particularmente en los de Madrid; que fué de la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, y que—tesoro de virtud y de honestidad—resistió con ánimo valeroso é inquebrantable constancia á las ofertas amorosas que de todas partes le acudían.

Al fin, su espíritu levantado, que anhelaba el recogimiento y la soledad, su menosprecio de las engañosas pompas del mundo, obligóla á retirarse de las tablas. Fijó su residencia en Barcelona despues de la muerte de su esposo, y entregada al ejercicio de la oracion, murió en dicha capital en 1656 y fué enterrada en la capilla de Comediantes del convento de Padres Agustinos, donde permanecia entera á los cuarenta años de su fallecimiento.

A. HIDALGO DE MOBELLAN.

SOLIDARIDAD HUMANA

FRAGMENTO

Yo nací, como en nido de amores, en lejana ciudad, arrullada en su inocente sueño por el aleteo de las templadas brisas del trópico, besada en su pié por las cerúleas ondas del mar de las Antillas, y en mi voluntario ostracismo recuerdo con amor y tristeza aquella tierra prometida en mis recuerdos, aquel edén perdido en mis esperanzas; pero el amor profundo que á mi ciudad natal profeso no me hará olvidar nunca lo que debo á mi provincia, á cuyo suelo están como agarradas las raíces de mi vida y cuyo recuerdo, cada dia más punzante, es bálsamo de las heridas por la distancia abiertas. Y este amor que consagro á la provincia donde he nacido, no me hará olvidar nunca la gloria y la ventura de ser hijo de esta heroica é inmortal nacion española, grande en el pasado, como lo será, sin duda, en el porvenir, más adorada por mí cuanto más combatida de la suerte, que ha librado á Europa del dominio africano en las Navas de Tolosa y del yugo musulman en las aguas de Lepanto, que ha descubierto y civilizado un mundo y enterrado con Cervantes la caballería feudal y resucitado el arte helénico con Murillo y entrevistado el arte naturalista con Velazquez y Ribera; pero este culto que en el fondo de mi conciencia rendiré siempre á la nacion española, no amenguará jamás el otro culto, no ménos ferviente, consagrado á mi raza, á la raza latina, que nos ha dado con la revolucion francesa un nuevo evangelio; y á la raza germánica, que nos ha dado con la reforma y con la imprenta el libre exámen y con la paz de Westpha-

lia la libertad religiosa; y á la raza ária, que nos ha dado el derecho; y á la raza semítica, que nos ha dado la religion, el arte y la filosofía; y á la gran raza africana, derruida hasta el presente bajo la férrea losa de la servidumbre, pero que despertará, como Lázaro, á los conjuros del porvenir. Y estos ideales de patria, de familia, de nacionalidad y de raza deben, á mi juicio, ceder el paso al ideal de la humanidad, patria legítima del hombre, imperceptible átomo en este mezquino y orgulloso planeta que rueda en el vacío al compás de esas miríadas de mundos, semejantes á islas de luz que nos acompañan desde léjos en nuestra carrera, habitados quizá por generaciones más felices que las nuestras, y que también obedecen con nosotros á la ley del progreso y á la vocacion de lo creado, en el crecimiento de su vida sobre el cosmos y de su conciencia en lo infinito.

ANTONIO CORTON.

UN RECUERDO

DE LA INTERVENCION DE ESPAÑA EN MÉJICO EL AÑO DE 1862

La conducta de nuestro muy querido é inolvidable amigo el Conde de Reus en la cuestion mejicana fué muy juiciosa, de un tacto político merecedor de todo elogio, leal, patriótico, humanitario, y que obró bien, como el tiempo lo ha probado. Dejó las playas de Méjico, falto de salud, despues de haber los franceses faltado al convenio estipulado en Lóndres, y al llegar á la Habana y ser felicitado por una comision presidida por el General Gasset, contestó á la perorata del segundo Cabo de la Isla, de la que era Capitan general el Duque de la Torre, con gran vehemencia lo que sigue:

«La Reina nuestra señora me confió el pendon de España para defender la honra y los intereses de nuestra nacion en Méjico. Hice lo que se ha podido hacer en las circunstancias en que me encontré. Una locomotora no puede caminar cuando le falta el agente que la impulsa. Yo me he visto paralizado por falta de recursos: cuando quise volverme con las tropas de mi mando me faltaron también buques, y tuve que valerme de los que por favor me facilitaron nuestros aliados los ingleses. Soy Senador del reino y desde la tribuna del Senado daré cuenta á mi amado país y al mundo entero de todo cuanto ha pasado, esperando conseguir justificar plenamente mi conducta, y haré que se abatan los que hoy se ostentan tal vez muy erguidos, etc.»

La discusion comenzó en el Senado en Diciembre de 1862, y en los discursos que acerca de la cuestion mejicana pronunció, lució brillantemente su gran inteligencia y acendrado patriotismo, analizando uno por uno los puntos convenidos en los preliminares del Convenio de la Soledad, que eran la consecuencia natural de los actos anteriores y que nada contenian capaz de justificar la agría condenacion que de ellos hizo el Gobierno del Emperador de los franceses, calificándolos de indignos.

Al tocar este punto tuvo el orador un arranque de elocuencia, nacido de la nobleza de su corazón:—¡MINISTROS IMPERIALES!—exclamó;—LA INDIGNIDAD NO ESTÁ EN HABER FIRMADO ESOS PRELIMINARES, SINO EN NO HABERLOS CUMPLIDO.

Los acontecimientos posteriores á la retirada de nuestras tropas en Méjico, por demás lamentables, justificaron el previsor talento del ilustre General que las mandaba, fiel intérprete de la voluntad de Doña Isabel II y de la nacion española, quienes querian, para los que fueron siempre sus hijos, la paz y reconciliacion y el eterno olvido de lo pasado.

Injusto y escandaloso hubiese sido que las tropas españolas hubieran ido á Méjico á fundar una monarquía, poniendo en el trono de Moteczuma á un Príncipe austriaco, cuya desgraciada suerte siempre lamentaremos los que en aquellos acontecimientos nos encontramos.

El ex-Cónsul de España en Veracruz
BALBINO CORTÉS Y MORALES.

ANÍBAL

SONETO

Es el mismo Mavorte tremebundo
cuando se lanza al sanguinoso estrago;
su nombre Anibal, su nacion Cartago,
sus odios Roma, su ambicion el mundo.

¡Aá!id siendo en Cannas sin segundo,
forma de sangre del latino un lago:
del vengador del África al amago
el Tíber tiembla con terror profundo.

Con Fabio, Scipion sus armas mide,
y al valor no fiando su esperanza,
por la sorpresa Roma se decide.

Sus fuertes naves contra el héroe lanza;
¿y qué logra, si un tósigo le impide
al acero el placer de la venganza?

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

EL CAÑÓN DE Á QUINCE

I

Aquella noche la tertulia de la Condesa estaba animada como nunca. En el salon principal, la gente moza, adoradora sempiterna de Terpsícore, entregábase con fruicion á los placeres del baile, y no pocos gallos decidíanse también á mostrar su aire en tal ó cual valsecito, excepcion de la regla que no debe extrañar en manera alguna, porque las mujeres, luciendo el nevado busto, eran un incentivo difícil de contrarrestar por simples mortales de carne y hueso. Pero la mayor parte de los rayanos en la edad madura, escondidos en el gabinetito del juego, *tresillaban* sin darse punto de reposo y sin acordarse de nada que no fuesen los náipes. Como término medio entre unos y otros, varios indiferentes á la danza y á las fichas, hablábamos retirados del bullicio general en la silenciosa estufa. Se trataron multitud de asuntos diversos, y agotada la política, los teatros y la chismografía, la conversacion vino á detenerse en aventuras de la vida privada. Cada cual contó lo que le vino á las mientes, y sólo uno de los circunstantes, viejo militar casi con tantos años de servicios como de vida, permanecia silencioso. Instámosle para que pagase su tributo, y nos dijo sonriendo con aire de lástima:

—Con tantos apuros como Vds. aseguran haber pasado, se quedan en mantillas respecto á un compromiso de los gordos que á mí me aconteció en mis mocedades. ¿A que no imaginan ustedes quién me sacó del atolladero?

Con tales datos, imposible dar una respuesta ni aproximada siquiera.

—Una bala de un cañón de á quince, amigos míos...

A punto estuvimos de soltar la llave á la risa y nos miramos todos los del corro como diciendo: esa no cuela. Sin embargo, nuestra curiosidad habiase despertado, y comprendiéndolo así el que tal noticia nos soltara, apresuróse á añadir con formal acento:

—No hay que echarlo á bulla, caballeros, que la cosa es cierta. Y para que salgan de su asombro voy á referirles la historia con todos sus detalles.

II

Hace mucho tiempo, ardiendo la guerra civil de los siete años en su mayor fuerza, militaba yo en las filas liberales, recién salido del colegio de Infantería. Aunque me esté mal el decirlo, parece que era de los cadetes de más aprovechamiento de la promoción, y cuando ascendí á subteniente se me concedió, por gracia, escoger el cuerpo en que quisiera prestar mis servicios. Joven y ambicioso, sin familia que me retuviese, elegí uno de los regimientos de línea pertenecientes al ejército del Norte, y allá me fuí, muy pagado de mí mismo y convencido, ó poco menos, para mis adentros de que pronto mi fama resonaría como la del Gran Capitán en los ámbitos del mundo. El cuerpo á que yo pertenecía, mermado en multitud de encuentros con los carlistas, fué destinado de guarnición para rehacerse á cierta capital de provincia, enclavada en el teatro de la guerra. Para no rayar en difuso: que las huestes enemigas se echaron encima cuando menos se pensaba, y que sitiaron la ciudad en regla sometiéndola á un bloqueo infranqueable. Y aquí de mis apuros y de mis rabietas.

En el tiempo que estuvo mi regimiento de guarnición en la capital antedicha, como disfrutamos de paz relativa, maté el tiempo libre de servicio haciendo excursiones y correrías con mis compañeros por los pueblos inmediatos. En una de ellas, y en cierto lugar cercano cuyo nombre no hace al caso, atisbé en buen hora la mujer... ¿Estamos solos? Caballeros, la más archi-supra-soberbia que pueden Vds. imaginarse. Blanca como la leche, los ojos... ¡qué ojos! de esos que miran medio entornados haciendo cosquillas en la carne, muy alta de pecho, en fin, señores, *bocato di cardinale*. Verla y enamorarme fué todo uno; yo vivo así, tan de prisa. Callé como un difunto y no di cuenta á nadie de mi descubrimiento, porque hay que advertir que la niña, según averigüé, vivía algo recogida. Era huérfana y no contaba con otra familia que con una bondadosa y complaciente tía, sin voluntad propia ante la de su sobrina.

Sólo á un íntimo amigo y compañero le enteré de mi secreto. Con exquisitas precauciones frecuenté el pueblo, perseguí la pieza... y dicho y hecho, dí en el blanco. Al cabo de un mes la plaza estaba ganada; quiero decir, que había intimado con la vieja y era novio de la niña. Con franqueza, señores, si yo hubiera tenido inclinación al matrimonio con ninguna más que con aquella mujer me hubiera casado. ¡Qué inocencia! ¡qué candor! ¡qué nobles sentimientos! Nada de gazmoñería ni de falsedades. Una hembra todo corazón y lealtad. Fuí prudentísimo y nadie se enteró ni de mis escapatorias ni de mis relaciones.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Quiso el demonio que los carlistas se acordasen de la posición estratégica de la ciudad en que yo me encontraba, y como irresistible avalancha se encajaron en mal hora encima de nosotros. Mi gozo en un pozo. Hubo necesidad de ponerse sobre las armas, y de aumentar las guardias, y de fortificar los pueblecitos cercanos, y de prevenirse, en fin, para recibir dignamente al enemigo. Claro está; las dificultades para ver á mi novia se aumentaron hasta llegar á lo insuperable; pero, gracias á Dios, mi carácter es resuelto, por nada me apuro, y con mil subterfugios y enredijos conseguí verla, aunque no tan á menudo como ántes. El amigo á quien aludí hace poco, y que me quería entrañablemente, comenzó contra mi persona terrible campaña de sermones y regañinas sin cuento: pintóme los peligros á que me exponía, quiso exigirme pala-

bra de caballero de abandonar mis amores. Pero en vano; yo terne que terne, y decidido á correr los mayores riesgos á trueque de no dejar á mi niña por cuenta de otro. No en vano me presagiaba mi amigo peligros inminentes, y en cierta ocasión corrí la aventura más extraordinaria que se ha oído, de la que salí por milagro, y la que os referiré si os dignais seguirme prestando atención como hasta ahora.

El narrador descansó breve momento; escuchó, pasóse el pañuelo por la boca como los grandes oradores y siguió de esta manera.

III

Una mañana de Octubre, la del 7, salía yo de guardia de trinchera y quedaba libre durante veinticuatro horas. Toda la noche habíala pasado madurando atrevido proyecto que estaba decidido á llevar á cabo saliera el sol por donde saliese. Así, apenas entré en mi alojamiento me dirigí á la cama de mi compañero de cuarto y amigo el gruñón, y le desperté diciéndole con el tono más formal que pude.

—Caro Alberto, hoy es el santo de Rosario y estoy decidido á ir á verla.

Mi amigo dió tremendo salto en la cama, levantóse en calzoncillos y agarrándome con fuerza de un brazo me gritó lleno de susto:

—¿Pero estás loco, hombre de Dios? ¿Tú sabes lo que has dicho?

—Perfectamente—le respondí.

—¿Ignoras á lo que te expones? El sitio sigue en todo su vigor; hay orden terminante de que nadie se aleje de las filas. A mayor abundamiento, recuerda que el enemigo prepara un ataque á vida ó muerte. ¿Y si ocurre algo en tu ausencia? Además, el pueblo de Rosario dista cuatro kilómetros de aquí. Ya sé que es nuestro y que la fuerza que le guarnece forma parte de otro batallón distinto; pero te verán, habrá quien te conozca, se correrá la voz... es imposible y te rompo un hueso como intentes irte.

De este modo me replicó mi amigo hecho una furia.

—Te doy permiso para que me rompas los huesos que quieras, pero después que vuelva. Rosario no pasa sola el día de su santo...

—Pero, energúmeno, los centinelas no te dejarán salir de la línea de trincheras. Nada, nada; que no y que no.

—El caso está previsto. Rafael... ya sabes, el médico de la ambulancia...

—Sí, otro loco como tú.

—Lo que quieras: Rafael marcha al pueblo de Rosario con varios camilleros; ya lo he concertado con él; me presta un uniforme de oficial de Sanidad y me escapo por la tangente.

—¿Eso más?... Abandono de puesto, desertion al frente del enemigo, usurpación de estado... ¡Te fusilan!

—No tanto, hombre, no tanto. No me dejes yo fusilar así como se quiera.

Tal fué el diálogo que sostuvimos sin que yo desistiera de mi porfía. Mi amigo pateó, gritó, estoy por decir que hasta me propinó algún porrazo. No hice aprecio de ello, y contra viento y marea le dejé muerto de miedo por lo que me pudiera acontecer. A las dos horas, enfundado en un traje de teniente de Sanidad y oculto en el coche camilla, iba con mi amigo Rafael camino del pueblo de Rosario.

IV

Esta no me esperaba de ningún modo; fué una verdadera sorpresa. Me recibió con las lágrimas en los ojos y las rosas de la alegría en las mejillas. ¡Pobre muchacha! Me expuse por verla, pero me lo recompensaron sus caricias y á

su lado llegué á olvidarlo todo, el enemigo, la milicia, mi escapatoria, las circunstancias especiales en que me encontraba. ¡Qué no hubiera yo dado, como Josué, para parar el sol! Antes de la noche tenía que estar de vuelta en el cuartel para asistir á la lista de la tarde, ¡y junto á la mujer aquella pasaban tan dulcemente las horas! ¡Con qué interés se informó de mi vida y cuánto lamentó los trabajos que yo pasaba! Activa y diligente preparó la comida, y en lo posible condimentó la hermosa cocinera los platos que sabía eran de mi predilección, y cuenta que yo soy un gastrónomo muy susceptible. Nada, lo dicho, me hubiera casado con aquella mujer. Tan poética, tan buena, tan bella, tan hacendosa y... ¡luégo ir á poder de un veterinario! Porque ya ha contraído matrimonio, y como esto no hace el caso continúa.

Acabábamos de comer en paz Rosario, su tía y yo y charlábamos alegremente de sobremesa, cuando he aquí que resuenan descargas de fusilería, hiere los aires el sonido de la corneta tocando llamada y tropa y óyese pasar por la calle la fuerza armada. Los carlistas habían atacado el pueblo con extraordinaria furia. Nos quedamos como si nos echaran un jarro de agua por la espalda. Adios idilio, abur proyectos... el deber me reclamaba sin apelación ni réplica. Rosario lloró como una Magdalena, rodeó mi cuello con sus brazos, ¡qué brazos, amigos míos! La tentación era muy fuerte. Vi cerca de mí aquel rostro de alabastro, aquellos ojos inundados de lágrimas. Se pegaban nuestras caras, y tan adorable mujer me pedía que no la abandonase, que me estuviera quieto... ¡Qué promesas! Le pongo yo en mi caso al santo anacoreta de las tentaciones.

Soy loco, voluble, informal, cuanto ustedes quieran; pero no débil en puntos de honor. El fuego aumentaba, hice un esfuerzo supremo, me desasí de la seductora cadena que me aprisionaba, con la castidad posible dí un beso á Rosario en la mejilla, y sin aguardar á más me lancé escalera abajo en busca de mi puesto, desoyendo las súplicas de las dos pobres mujeres.

Defendían el pueblecito dos compañías de cazadores y dos piezas de artillería de campaña. Ningun oficial me conocía. Dirigíme á la ambulancia; todo mi afán consistía en hallar á mi amigo Rafael. ¿Qué iba yo á hacer solo, aislado, representando lo que no era? Pregunté por él; me dijeron que estaba en la trinchera. Iba á encaminarme á ella, pero de orden del jefe de la fuerza me impidieron salir. Como yo vestía el uniforme de médico mis servicios se consideraban necesarios en la ambulancia central, sita en una sala de la casa Ayuntamiento. Rafael y el médico de las dos compañías prestaban sus servicios en la trinchera; yo venía que ni de molde para recibir á los heridos en el hospital provisional del pueblo.

¡Cielos santo! ¡Húndete tierra! Aquí me tienen Vds. con seis ú ocho practicantes á mis órdenes, y con la obligación de curar á los que cayesen, yo que jamás manejara un bisturí. Confieso que es la única vez en la vida que he sentido miedo. Una nube pasó por mis ojos y de repente me acordé del montón de observaciones de mi amigo. Estuve á punto de echarlo á perder descubriéndome. Pero de fijo me fusilan. ¿Qué hacer? Las piernas me temblaban como un calenturiento. Y en esto que me traen un pobre soldado con el muslo derecho destrozado por un metrallazo, pues los enemigos tenían artillería.

Ya pareció aquello; me dió la sangre un vuelco y me quedé como tonto con la boca abierta y sin acertar á moverme. Los practicantes colocaron al herido en una cama, trajéronme